

## **SAN EUGENIO I, ARZOBISPO DE TOLEDO, Y MÁRTIR**

**Día 15 de noviembre**

**P. Juan Croisset, S.J.**

**L**a santa Iglesia de Toledo, primada de las Españas, fecunda madre de ilustres varones que han adornado la Iglesia con sus virtudes y con su doctrina, tiene en su sala capitular un catálogo cronológico de sus prelados, a imitación del que en la Iglesia de San Pablo conserva de sus pontífices la Santa Iglesia de Roma. El primer lugar le ocupa San Eugenio, de cuyos hechos es tan escasa la noticia que nos ha quedado, que apenas se puede determinar con seguridad otra cosa que su existencia y su martirio. La natural curiosidad de los hombres, propensos á investigar todo, y la soberbia de algunos que pretenden la reputación de sabios á costa de enredar con dudas y dificultades los hechos que son de suyo claros y sencillos, han puesto la historia de San Eugenio en tal estado de incertidumbre, que cualquiera noticia de las particularidades de su vida se puede tener por aventurada. Pero la verdadera piedad, que en las leyendas de los santos se contenta con lo instructivo, con tal que estribe en el testimonio de hombres cuerdos, que no pretende engañar á sus semejantes, desprecia fácilmente ó mira con indiferencia las disputas de los críticos, y recibe con reverencia y edificación los santos ejemplos que se le presentan. Conforme á este espíritu, referiremos lo que de la vida de San Eugenio han conservado la tradición y algunos monumentos de muchos siglos después de su muerte, bien seguros de que el verdadero cristiano hallará en ellos ejemplos de edificación, motivos de consuelo y ocasión para dar

**muchas gracias á Dios por haber dispuesto maravillosamente que en los primeros años del Cristianismo se propagase su santa ley en todos los confines de nuestra España, cuyo centro le tocó á San Eugenio.**

**Nada se sabe de cierto en orden á la patria de este gran Santo; ni menos quiénes fuesen sus padres, ni los ejercicios de su juventud. Hay quien dice que fue griego de nación, fundándose en que su nombre es también griego; pero como en aquella sazón había cundido tanto por toda Italia, no solamente la lengua griega, sino aun la propagación de tantas familias que se vieron precisadas á dejar su suelo desde las victorias de Metelo y Sila, es débil fundamento el nombre de Eugenio para persuadirse á que fuera de aquella nación. Otros le creen nacido en Roma, y no como quiera, sino de las familias ecuestres, atribuyéndole la misma educación y ejercicios con que se distinguían los caballeros romanos; todo lo cual se dice sin otro fundamento que el de la conjetura. El reverendísimo Flórez viendo que en una materia tan obscura nada se podía afirmar con seguridad, y que aquello parecía más cierto que tuviese á su favor razones de mayor probabilidad y verosimilitud, es de parecer que San Eugenio fue español; que siendo en aquel tiempo España una parte del imperio romano, cuyo capital era la arbitra de todos los negocios é intereses propios de la península, es de creer que San Eugenio, por algún grave negocio pasaría á aquella capital, en donde se instruyó perfectamente de las máximas del Evangelio, y concibió los designios apostólicos que puso en práctica después. Muévenle á pensar de esta manera el abandono que San Eugenio hizo de las Galias, donde tanto se necesitaban ministros evangélicos, y la predilección con que miró á España en una sazón en que bastaría para entibiarle cualquier afecto la santa compañía de un San Dionisio que debía perder. Todo esto hace creer que el Santo**

**tuvo algún poderoso motivo; y, siendo tan natural el amor de la patria, podemos aventurarnos á creer que el Santo, no solamente fue español, sino de la provincia de Toledo, pues las razones que dan motivo para creer lo uno, le dan también para lo otro. De cualquier manera que sea, siempre queda lo que dijimos al principio en orden á la incertidumbre de su nacimiento y de su crianza. Si está puede deducirse ó inferirse de las acciones posteriores de su vida, no podemos menos de suponer qué fue muy buena y arreglada. El talento que manifestó siendo ya Obispo convence que el Cielo le dio las más bellas disposiciones que se podían apetecer para los altos fines á que le había destinado. Su ingenio vivo, su decir elocuente y enérgico y sus dulces costumbres le hacían amable á todos, y sujeto proporcionado para las mayores empresas.**

**La cronología que con mayor fundamento se atribuye a este Santo hace coincidir su juventud Con aquel tiempo en que el apóstol San Pedro vino á la ciudad de Roma á establecer en ella la cátedra de su pontificado y hacerla la capital del mundo cristiano así como lo era, del mayor de los imperios. Por este tiempo seducía á aquellas miserables gentes con sus artes mágicas el sacrílego Simón Mago, hombre soberbio y llevado de la manía de hacerse notable con perjuicio de la verdad, y a costa de ilícitos tratos con el príncipe de las tinieblas. Con sus artificios había conseguido, no tan solamente la admiración de los romanos, sino también la del emperador Nerón, genio raro, llevado de un orgullo maravilloso, aunque esto consiste en el extremo de los vicios. El Apóstol San Pedro se le opuso con vigor, predicando libremente las máximas de la verdad, y procurando deshacer los errores del embustero.**

**Mientras sucedían estas cosas se hallaban en Roma muchos discípulos de los apóstoles; y entre ellos, según el**

**Breviario moderno y muchos antiguos, San Dionisio Areopagita, y San Eugenio, que era compañero y amigo suyo. Tanto por la doctrina de los santos apóstoles como por la visible confirmación con que el Cielo la favorecía, se habían radicado más y más en las máximas del Evangelio y religión de Jesucristo. La misma sangre de los Apóstoles, que vieron derramar por su nombre, fue como un bálsamo precioso que consolidó en sus almas las altas doctrinas que estaban de antemano establecidas; y la gracia iba disponiendo en estos santos unos obreros evangélicos que fuesen dignos sucesores de los apóstoles. También es natural y verosímil que San Eugenio presenciase la ordenación y misión de San Torcuato y los demás apostólicos que vinieron á predicar á España, y á proseguir en esta región la grande obra que San Pablo y Santiago habían comenzado primero. Todos estos objetos grabados en su corazón avivarían su espíritu, procurando ejercitarse con los demás fieles y discípulos de los apóstoles en los ejercicios propios de la religión cristiana, y en adquirir toda aquella ciencia y noticias que eran necesarias para formar un buen obispo y hacer el estable cimiento de la religión en una provincia de gentiles. En esto se empleó San Eugenio en compañía de San Dionisio, Areopagita, hasta el año A.D. 68 ó 69, en que, señalado San Clemente por sucesor de San Pedro y de San Lino, determinó enviar á las Galias varones apostólicos que las sacasen de las tinieblas en que estaban sumergidas, y las alumbrasen con la luz evangélica. Eligió para esta grande obra á San Dionisio, á San Eugenio y á otros cristianos de espíritu, de probidad y de doctrina. Y habiendo ordenado de obispos á los que le pareció convenientes, y entre ellos á San Eugenio, los envió con la bendición de Dios, y los Santos, con gran confianza en Él, emprendieron su viaje. Llegaron á las Galias, y, según una tradición antigua, predicaron en Arles; pero San Eugenio, bien fuese por motivo de ser su patria España, ó por otro que nos es desconocido,**

dejando á San Dionisio, que se dirigió á París, enderezó su rumbo á esta península, y no le interrumpió hasta llegar a Toledo. En el camino es fácil de concebir los penosos ejercicios en que se emplearía, unas veces enseñando, otras persuadiendo, y otras, finalmente combatiendo errores arraigados, en las gentes que encontraba desde tiempo inmemorial. El espíritu con que entró este varón apostólico en España era el mismo con que había venido Santiago y los siete apostólicos, y el mismo que ordenó Jesucristo tuviesen cuando dijo á sus apóstoles: *Id por todo el mundo, y predicad él Evangelio á toda criatura*. Estaba España á la sazón hecha por la mayor parte el teatro de la superstición y de todos los errores. San Torcuato y sus compañeros, como habían entrado por las provincias meridionales, no habían penetrado en lo interior de la península; y así, todos sus trabajos no habían hecho otra cosa que prepararlos caminos á la verdad, comenzando á disipar las tinieblas del error. Las supersticiones derivadas de los fenicios y cartagineses, y otras de origen desconocido, adoptadas ó inventadas por los mismos españoles desde los tiempos más remotos, se habían retirado al centro. Por lo mismo debía San Eugenio combatir, no solamente con los engaños religiosos de la nación, sino con cuantos habían traído de fuera sus tesoros, y con las mismas gentes que vinieron á robarlos. Eugenio, con ánimo esforzado, entra en España cual sol resplandeciente, resuelto á desterrar de su seno las tinieblas, á enseñar la verdad á los españoles, y á perder en la demanda, si fuese menester, su propia vida. Hizo mansión en Toledo, ciudad famosa y capital de la Carpetania, y, según algunos, vino destinado por obispo de esta ciudad por él papa San Clemente, de acuerdo con San Dionisio. Como su fin no era otro que plantar la religión del Crucificado sin perdonar trabajo ni temer peligros, era preciso que el Cielo echase su bendición Sobre todas sus fatigas. En breve tuvo el consuelo de ver una porción considerable

de gentiles convertidos á la fe de Jesucristo; tanto, que formó su iglesia, celebró sacrificios, y lo dispuso todo con aquel orden y liturgia que había aprendido de los apóstoles y de San Clemente. Al paso que iba creciendo el número de creyentes, se iban multiplicando sus trabajos; pero todos los daba por bien empleados en vista de los copiosos frutos que le producían. Su fervoroso celo no se ceñía á los muros de la ciudad, sino que, saliendo por los pueblos circunvecinos, se extendió á los Holcades y Carpetanos, pudiéndose gloriar todos estos pueblos de haber sido San Eugenio el padre de su fe y su apóstol. Más de veinte años consumió el Santo en los ejercicios apostólicos, y en desterrar la superstición de esta provincia, experimentando en ellos los trabajos y persecuciones que refieren las historias haber padecido los ministros del Evangelio en otras naciones gentílicas. El natural feroz é indomable de los españoles de aquel tiempo, y la ceguedad y la codicia de los sacerdotes de los ídolos, harían verosímil y creíble cuánto de San Eugenio se afirmase en orden á padecer persecuciones por el establecimiento de la fe. El lector piadoso las considerará según su piedad su fervor y su talento; pero la historia de San Eugenio no determina nada.

Gozoso el Santo con la extensión que había adquirido su Iglesia y lo mucho que se había multiplicado el rebaño de Jesucristo, quiso verse con San Dionisio para darle nuevas tan felices y tratar con él de las cosas pertenecientes á su Iglesia de Toledo. Arregló los negocios que tenía pendientes; dejó encargado á ministros de su satisfacción el ministerio de la palabra, y practicó cuanto podía sugerir una celestial prudencia á un padre, á un pastor, á un obispo. Hecho esto, se puso en camino para París, derramando por todas partes, la semilla evangélica y el buen olor de sus inocentes costumbres; y santa vida. Era el tiempo en que la segunda persecución de Domiciano había llegado á su

mayor extremo, y en la cual, entre muchos millares de mártires, habían logrado este glorioso triunfo San Dionisio, obispo de París, y sus dos compañeros Rústico y Eleuterio. Cuando San Eugenio llegó á una aldea cercana de París, llamada Diolo, supo la suerte venturosa que había tenido el santo obispo, en cuya busca venía; y combatido del dolor por una parte de haber perdido un amigo tan precioso, y por otra de una santa envidia de triunfo que había logrado, comenzó á predicar con tal celo y viveza, que no sólo se hizo respetable á aquellas gentes, sino que su fama llegó presto á París. Residía allí Sisimo, gobernador de las Galias, en quien se competían la brutalidad de las costumbres y la fiereza. Apenas oyó cómo San Eugenio predicaba, cuando conceptuó que nada había hecho con quitar la vida á Dionisio, si dejaba con ella al que tanto se le parecía. Envió inmediatamente sus ministros á Diolo con las instrucciones convenientes para hacer el interrogatorio á Eugenio, y en su consecuencia quitarle la vida. Luego que llegaron á Diolo los ministros infernales, pusieron en ejecución el decreto del presidente. Llamaron al Santo; y aunque con una tibia esperanza de poderle disuadir de la religión que profesaba, le hicieron sus preguntas é intentaron persuadirle á que, abandonando la religión de Jesucristo, ofreciese incienso á los ídolos como el único medio de salvar la vida y de no deshonorar su ancianidad venerable con una muerte afrentosa. San Eugenio, con una fortaleza evangélica y digna de un discípulo de los apóstoles y del primer obispo de Toledo, respondió que no reconocía más que un Dios, Criador de los Cielos y de la Tierra, y á Jesucristo, su Hijo, verdadero Dios y verdadero Hombre, que había redimido al mundo derramando su preciosa sangre; que sólo á este Dios adoraba, y por el contrario abominaba y detestaba los ídolos, como mudas obras de los hombres é invenciones del demonio. Esta respuesta certificó á los ministros de Satanás de que perdían el tiempo con Eugenio; y así, sin dar más treguas, le

cortaron la cabeza el día 15 de Noviembre del año de 96, que fue el mismo en que murió emperador Domiciano.

## **SAN LEOPOLDO, CONFESOR**

**L**eopoldo, cuarto de este nombre, llamado comunmente desde su infancia *el Piadoso*, fue hijo de Leopoldo III y de Ista, hija del emperador Enrique IV. En su juventud hizo con el estudio un repuesto mediano de doctrina; pero el principal objeto de sus tareas fue siempre vivir sólo para la eternidad, doblegar sus pasiones, mortificar sus sentidos, renunciar de los deleites del mundo, gastar mucho tiempo en oración y meditación, y aplicarse al ejercicio de toda buena obra, especialmente á las limosnas y oficios de caridad. Por muerte de su padre consideró haber llegado el tiempo de ser obligación indispensable suya procurar por todos los medios imaginables la felicidad de la numerosa nación que había quedado á su cargo. Los austriacos entonces, ó por los años 1096, era una gente grosera y supersticiosa; era, pues, necesario docilizar sus espíritus, imbuirles en los principios de la razón y de la sociedad, y hacerles cristianos. La obra era ardua, por lo que el Santo se preparó para ella pidiendo á Dios encarecidamente aquella sabiduría que era necesario para tal empresa. Su palacio parecía habitación y asiento de la virtud, de la justicia y del bien. Cuando se veía obligado á contener los vicios con el castigo, procuraba persuadir á los culpados á sufrir la pena con paciencia y con espíritu de penitencia, y les hacía conocer que era justo el rigor de que en tales ocasiones usaba.

Cuando se rompió la guerra civil entre el excomulgado emperador Enrique IV y su propio hijo Enrique V, empeñaron á Leopoldo á que se agregase al último, á cuya causa daba él mayor justicia y razón. Los motivos de la religión y de la justicia, y la autoridad de



otros, le determinaron á dar este paso; no obstante, Cuspimano nos dice que después hizo una admirable penitencia por la parte que había tenido en aquellos pasajes. En el año de 1106 tomó por mujer á Inés, virtuosa y completa princesa, hija del emperador Enrique IV, hermana de Enrique V y viuda de Federico, duque de Suabia, de quien había tenido ella á Conrado, después emperador, y á Federico, padre de Federico de Barbarroja. De San Leopoldo tuvo diez y ocho hijos, de los cuales murieron en la infancia siete; los demás hicieron sus nombres famosos con sus acciones grandes y virtuosas. Su famosa crónica desde el principio del mundo, y otras obras, son monumentos de su aplicación á los estudios. La marquesa Inés quería tener parte también en todas las buenas obras de su marido. Leía con él las santas Escrituras, y con júbilo interrumpía su sueño de noche para levantarse al común Oficio nocturno de la Iglesia, á que ambos consortes añadían algunas meditaciones sobre las verdades de la vida eterna. Leopoldo fundó en el año de 1117 el monasterio de la Santa Cruz del Orden cisterciense, doce millas italianas distante de Viena, cerca del castillo de Kalnperg, donde él vivía. Hubiera querido el Santo y su religiosa mujer no levantarse jamás del pie del altar, cantando las divinas alabanzas; pero, obligados por su estado en el mundo á atender también á los negocios temporales, aunque en todos ellos encontraban á Dios, cuya voluntad y cuya gloria se proponían en cuanto habían de obrar, resolvieron fundar un monasterio de canónigos regulares que pudieran sustituirse en lugar de ellos, para celebrar día y noche las funciones angélicas que ellos no podían por sí. Esté pensamiento lo ejecutaron con la fundación del noble monasterio de Nuestra Señora de New-Clausterberg, ocho millas de Viena. El marqués; por humildad, no quiso poner la primera piedra, sino mando que la pusiese un sacerdote en su nombre. La iglesia fue dedicada en el año de 1118 por el arzobispo de

**Zaltzburgo, asistido del obispo de Passau, del diocesano y del obispo de Gurch. Esta fundación fue confirmada por el Papa y por una auténtica de Leopoldo, donde se titula muchas veces marqués Oriental en lugar de marqués de Austria, firmada de Ottacar, marqués de Stiria, y de otros muchos condes y nobles, en presencia de los obispos, que fulminaron una excomunión con terribles anatemas contra cualquiera que osase violar los derechos de este monasterio, ó injuriar y molestar á los pobres siervos de Cristo que seguían allí la Regla de San Agustín.**

**Esteban II, rey de Hungría, invadió á Austria, pero fue rechazado por Leopoldo, que derrotó sus tropas en una acción muy señalada. Los húngaros volvieron algunos años después, pero les salió al encuentro el marqués á sus fronteras, y quedó su ejército tan maltratado, que se dieron por muy dichosos en poder salvar el resto con la fuga. Por muerte de Enrique V, en el año de 1125, algunos de los electores y otros desearon elevar á Leopoldo á la dignidad imperial; pero prevaleció la elección de Lotario II, duque de Sajonia. Conrado y Hederico, hijos de Inés y del duque de Suabia, que habían sido también de los candidatos, levantaron muchos disturbios en el imperio; mas al fin vinieron ambos á ser emperadores sucesivamente. Pero Leopoldo adhirió tan fielmente á Lotario, que le dio pruebas evidentes de su desinterés, y le manifestó cuán lejos estaba su corazón los vicios de la ambición y de la envidia. Acompañó al Emperador, como amigo suyo, en su viaje á Italia. Después de un glorioso reinado fue visitado en su última enfermedad, en que confesó sus pecados con muchas lágrimas, recibió la Extremaunción y demás sacramentos de la Iglesia, y sin cesar de llamar á Jesús su Redentor, ni de encomendar su alma en sus manos por los méritos de su preciosa muerte, con admirable tranquilidad y resignación pasó al estado de una feliz eternidad en 15 de Noviembre del año de 1136. Fue enterrado en su monasterio de New-**

**Clansterberg, dos millas germánicas de Viena, y en su aniversario y en el de su mujer se distribuyen todavía por la comunidad grandes limosnas á todos los pobres que acudían á recibirlas. San Leopoldo fue honrado por Dios con muchos milagros, y canonizado por Inocencio VIII el año de 1485. (*Butler.*)**

**La Misa es en honor de San Eugenio , y la oración la siguiente :**

**¡Oh Dios, que consagraste este día con el martirio del bienaventurado Eugenio, tu mártir y pontífice! Concédenos, Señor, que por los méritos de aquel cuya festividad celebramos con alegría, consigamos el don precioso de tu gracia. Por Nuestro Señor Jesucristo...**

**La Epístola es del cap. 1 del apóstol Santiago.**

**Carísimos: Bienaventurado el varón que sufre la tentación; porque, cuándo fuere examinado, recibirá la corona de vida que prometió Dios á aquellos que le aman. Ninguno, cuando es tentado, diga que es tentado por Dios; porque Dios no es tentador de cosas malas, pues Él á nadie tienta. Sino que cada uno es tentado por su propia concupiscencia, que le saca de sí y le aficiona. Después la concupiscencia, habiendo concebido, pare al pecado; y el pecado después, siendo consumado, engendra la muerte. No queráis, pues, errar, hermanos míos muy amados. Toda buena dádiva y todo don perfecto viene de arriba, descendiendo de aquel Padre de las luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de vicisitud. Porque Él de su voluntad nos engendró por la palabra de verdad, para que seamos como las primicias de su criaturas.**

**REFLEXIONES**

**La soberbia nace tan arraigada con el hombre, que aun después que el sagrado bautismo nos purifica de la mancha contraída por el pecado original nos quedan unos resabios tan fuertes, que nuestras inclinaciones van siempre á lo peor con una fuerza casi irresistible. No sólo apetecemos ser ensalzados respecto de los demás hombres, atribuyéndonos un mérito imaginario que no tenemos, sino que, además de esto, no pudiendo nuestra soberbia desentenderse de los muchos y verdaderos defectos que nos abaten, no quiere reconocer el origen de ellos en nosotros mismos, y así busca modo de atribuirlos á causas imaginarias que tal vez no existen. Esto es t n antiguo, que en el primer capítulo de la Epístola de Santiago consume este Apóstol una gran parte de ella para persuadir   los fieles de su tiempo que no buscasen fuera del fondo de su corazón la raíz de sus desórdenes. Veía el Santo Apóstol los lamentables adelantamientos que habían hecho sobre la corrupción nuestros primeros padres; y conociendo que la soberbia había echado unas profundas raíces, y sus ramos habían crecido   una altura maravillosa, procur  atajar cuanto antes los progresos y aplicar el remedio conveniente, proveyéndoles de una santa y saludable doctrina. En las reconvenciones que hizo Dios   nuestros primeros padres, se excusaron éstos con tanta soberbia como con la que habían pecado. Lejos de reconocer en sí principio de su delito, Adán se le atribuyó   la mujer, y ésta pretext  que la serpiente la había engañado. Pero no tuvieron el sacrílego atrevimiento de hacer   la divinidad cómplice de sus culpas; y he aquí el extremo de corrupción   que habían llegado los hombres en el tiempo de Santiago. Comet an excesos, traspasaban las leyes, dej banse arrastrar de sus pasiones, y en sus miserables costumbres se advertía una sentina de delitos.  l santo apóstol, enardecido con el celo de Dios, y encendido de la caridad hacia sus prójimos, los amonestaba, los reprendía y los amenazaba con los castigos eternos.**

**Pero cuando debieran humillarse, reconociendo que de su naturaleza flaca y miserable no podía esperarse otra cosa, tuvieron la temeraria y sacrílega osadía de imputar sus delitos al mismo Dios, diciendo que él era quien los tentaba para acometerlos.**

**Conoce, pues ioh hombre!, toda la serie y generación verdadera, de tus propios delitos; conoce que Dios es fuente de bondad, de gracia y de misericordia; que de su seno pueden venirte una infinidad y una eternidad de bienes; pero que ni por asomo pueden allí tener origen tus males. Conoce que éstos nacen de ti mismo; y si tu soberbia se atreve á sugerirte otra cosa, pide á Dios su gracia, y medita su santa ley, y está seguro de que encontrarás con la verdad, y por su medio con la ventura.**

### **El Evangelio es del cap. 12 de San Juan.**

**En aquel tiempo dijo Jesús á sus discípulos: De verdad, de verdad os digo que, si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero, si muere, fructifica con abundancia. Quien ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, la custodia para la vida eterna. Si alguno me sirve, sígame; y en donde esté Yo, allí ha de estar mi siervo. Y aquel que me sirva á Mí, será honrado por mi Padre.**

## **MEDITACIÓN**

### **Sobre el modo de vencer las tentaciones.**

**PUNTO PRIMERO.—Considera que, como dice San Agustín (*Dialogue ad Oros.*) la tentación es en cierta manera necesaria al cristiano, por cuanto no es grande alabanza ni gran gloria el no pecar cuando no se ha padecido tentación alguna; pero que estas mismas**

**tentaciones, que Dios permite para nuestra mayor corona, es preciso vencerlas , y para vencerlas huirlas.**

**Si se considera la vida del hombre en sociedad, se hallará que está rodeado de tentaciones por todas partes. Tres enemigos principalmente son quienes se las ocasionan, y, consideradas individualmente sus diligencias y artificios, se halla la prueba de la primera verdad. El mundo te presenta sus riquezas, sus dignidades, sus pompas. Te estimula á que practiques las mayores bajezas y engaños, las más inicuas diligencias é injusticias para usurpar los bienes á tu prójimo. No hay fraude tan abominable, ni mala fe tan aborrecible que no te la proponga como un medio de ensalzarte sobre los demás hombres, arrebatándoles á un mismo tiempo sus haciendas y sus admiraciones. Además de esto, el mundo te provoca continuamente á intentar subir un escalón siquiera sobre el sitio en que te hallas. Para este fin abulta en tu imaginación el precio de las dignidades, sus utilidades y conveniencias, y te hace creer que con la consecución de un puesto comenzará tu felicidad, y tendrán fin la impaciencia de tus deseos y el desasosiego de tus apetitos. Persuadido falsamente de las proposiciones lisonjeras de tu mismo enemigo, te humillas, te abates, te degradas; en una palabra, te haces pretendiente: en éste infeliz estado no hay mal que no adoptes con tal que conduzca á tu fin, y, logrado éste, no hay mal que no experimentes en ti mismo. El demonio te tienta igualmente con tanta variedad de sugestiones y objetos, que si no tuviese el contrarresto del Ángel Custodio, que en cierta manera deshace sus obras, serían tu imaginación y tu alma el juguete de sus artificios y sus engaños.**

**PUNTO SEGUNDO.—Considera que, aunque el remedio más oportuno y más seguro para vencer las tentaciones es la fuga de ellas, no á todos es dado poder usar de este**

**medio, porque no todos pueden vivir en una soledad, ó, formarse un retiro dentro de sí mismos, abstrayéndose de los negocios del mundo. Pero, en este caso, es tal la misericordia de nuestro Dios, que ni permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, ni deja de franquearnos generosamente sus gracias para que podamos conseguir una completa victoria.**

**Es cierto qué, si fuera posible el que todos los hombres pudiesen vivir separados unos de otros, tendrían menos ocasiones de perder su inocencia, y sus costumbres estarían más á salvo de ser contaminadas con los malos ejemplos. Pero esto es absolutamente imposible, y en el mismo hecho de haber criado Dios al hombre animal sociable, le enseñó que unas tentaciones se podrían vencer con la fuga, pero que para otras era absolutamente necesaria la pelea. La misma vida del Salvador ofrece repetidos ejemplos que confirman esta doctrina. A poco tiempo de haber nacido se le ve emprender un destierro, huyendo de Herodes y de sus astucias, sin reparar en la delicadeza de su edad, en la ternura de su madre, en la pobreza del Santo José, en los caminos ásperos que iban á emprender, y, finalmente, en ir á vivir á tierras de idólatras, porque su infinita sabiduría dictaba que en la fuga consistía el vencimiento. Lo mismo practicó cuando quiso el pueblo hacerle Rey. Pero supo también presentar la cara al enemigo, esperarle y vencerle cuando, puesto en el desierto para dar principio á la grande obra de nuestra redención, permitió que el enemigo común le tentase con todo el poder y artificio de su malicia diabólica; lo uno, para consuelo de sus escogidos y discípulos verdaderos; y lo otro, para enseñarnos el camino de ponernos en salvo y vencer las tentaciones. De esta manera, en medio del mundo, en los grandes concursos, en los empleos delicados en que te ha constituido la Providencia, te hallarán las tentaciones de tus enemigos como en un**

castillo fuerte é inexpugnable, y sus saetas se volverán contra ellos mismos, porque sacarás mayor mérito de las tentaciones. San Eugenio no hubiera conseguido la aureola del martirio si no hubiera sido tentado y en la tentación no hubiera vencido.

## JACULATORIAS

Sé, Dios mío, que Vos tenéis dicho que el que se determina á servirlos, siguiendo los caminos de vuestra ley santa, debe preparar su alma por la tentación.—*Eccl.*, 2.

Haced, Señor, que al ver la fortaleza que inspira en mi corazón vuestra divina gracia, se vuelvan atrás y se confundan los que me desean todos los males.—*Ps.* 39.

## PROPÓSITOS

En suposición de vivir en este mundo y seguir la carrera que han seguido los santos, se hace preciso tener la misma suerte que ellos tuvieron; esto es, padecer continuamente tentaciones y aflicciones de espíritu. Todos aquellos que han sido verdaderamente amados de Dios han sufrido esta terrible lucha. Job pierde sus hijos, su hacienda, su honra y la salud de su cuerpo; á Tobías se le dice que, porque era agradable al Señor, se había hecho necesario que padeciese la ceguera, el destierro, el cautiverio, y, en una palabra, que le probase la tentación. A este tenor, todos los justos han padecido más ó menos, según la sabiduría de Dios lo ha ordenado, pero todos ellos para conocido provecho de su alma. San Pablo pidió al Señor que le libertase del estímulo de la carne, que llama ángel de Satanás, afligido el Apóstol con la tribulación que le causaba en su espíritu. Pero Dios, para consuelo suyo é instrucción de todos cuantos se ven atribulados con tentaciones, respondió al santo



apóstol, después de haber oído tres veces sus súplicas: *Que se tranquilizase, y supiese que su gracia estaba pronta, y ella bastaba para vencer las tentaciones; que, por lo demás, debía tener entendido que la virtud se perfecciona con la enfermedad, con la prueba y con la tentación.* (2 ad Corint., capítulo 12.) Estos ejemplos de unos santos tan amados de Dios deben convencerte de que las tentaciones son necesarias, y de que, como dice San Agustín (lib. 11 del *Genes.*, cap. 6): *Dios permite que seamos tentados, porque de ese modo se prueba la virtud y se ejercita; y es más gloriosa la palma que se consigue en no consentir en la tentación que en no haber podido ser tentados. Pero, al mismo tiempo, debes saber que Dios está siempre á tu lado, y que Jesucristo te adquirió con su pasión sacrosanta tal multitud de gracias, que toda la astucia de tus enemigos no bastará á dañarte en un solo cabello de la cabeza, con tal que tú sepas usar de ellas y aprovecharte de su eficacia en tiempo oportuno.*